

La revolución *vintage*: los jóvenes intelectuales y la militancia política en Latinoamérica

MARIANELA GONZÁLEZ¹

Resumen

Durante décadas, el compromiso intelectual ante la transformación social ha sido un tropo de profundas implicaciones en los campos político, cultural y social del continente. Escritores, investigadores de las ciencias sociales y las humanidades, artistas; sus obras y el pensamiento crítico que en ellas se acumula, han aportado a la construcción de representaciones sociales, imaginarios, estereotipos sobre el pasado, presente y futuro en América Latina. En la actualidad, qué representaciones sobre este rol portan los jóvenes intelectuales y, a su vez, qué representaciones sobre sus alcances y roles portan los movimientos juveniles de transformación social? Un camino de idas y vueltas que ha tenido un simbólico punto de confluencia en la Casa de las Américas, en Cuba, en los años 1986, 2009 (50 aniversario de la Revolución Cubana) y 2013.

PALABRAS CLAVE: HUMANIDAD, REVOLUCIÓN; CUBA; CASA DE LAS AMÉRICAS.

¹CASA DE LAS AMÉRICAS – UNIV. LA HABANA, CUBA MARIANELAG@CASA.CO.CU. Periodista e investigadora, Casa de las Américas, La Habana, Cuba. Maestrante en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales, con Mención en América Latina por la Universidad de La Habana. Editora de la revista cubana *Temas. Cultura, ideología y sociedad*, y directora de Ruth Casa Editorial, sello especializado en literatura de ciencias sociales. Artículos suyos han sido publicados por revistas cubanas y extranjeras, y su experiencia como docente incluye ámbitos académicos de Cuba, Argentina y México. Es profesora adjunta de la Universidad de La Habana.

una mujer
jadea bajo pieles de lobo marino
están esperando un hijo
están teniéndolo
lo está pariendo
partiéndolo
(mink'a, Claudio Gaete en Casa Tomada)

I

«Durante mucho tiempo, los compositores latinoamericanos intentaron legitimarse frente a los europeos con esfuerzos que dejasen claro su *craft*... ¿*craft*?», dudaba musicóloga argentina Natalia Bieletto ante una sala llena de hispanohablantes. Igual que ella, hispanohablantes, pero menos «sensibles» al inglés que los mexicanos o los puertorriqueños como el cineasta Arí Maniel Cruz, quien, desde su silla, en la misma mesa, asiente: «*craft*: oficio».

Y todo quedó claro. Quizá, más claro.

Estamos en la Sala Che Guevara, la tercera y última planta de la Casa de las Américas en La Habana. Es la sesión inaugural de *Casa Tomada. III Encuentro de Jóvenes Escritores, Artistas e Intelectuales de América Latina y el Caribe*. Al fondo de la mesa hay un árbol del que cuelgan más de tres mil diminutos peces, sirenas, estrellas, caracoles y caballos marinos: es el Árbol de la Vida, el más grande de su tipo en el continente, hecho y regalado a la fundadora de esta institución, la heroína de la Revolución cubana Haydee Santamaría, por un

alfarero mexicano que jamás había conocido el mar. A la izquierda, un mural de Raúl Martínez, pintor cubano que en los años 70, los más oscuros y antinorteamericanos de la política cultural en el país, apostó por el arte *pop* y mezcló a los héroes con los rostros del pueblo, sin que fuera posible distinción alguna; y a la derecha, una de las dos pinturas que hizo el chileno Roberto Matta en este mismo salón —la otra está en la planta baja y es la que recibe al visitante, con su olor a húmedo: se llama *Cuba es la Capital*; fue hecha cuando eso decían de la Isla los intelectuales críticos exiliados aquí desde el sur del continente, con la misma tierra sobre la que se levanta este déco tardío, uno de los más hermosos y singulares inmuebles de la ciudad.

El mítico Roberto Fernández Retamar, director de la Casa, está presente en el auditorio. Aprovecho la oportunidad para sacar a relucir el más bolivariano de mis discursos. Digo que el continente todavía no ganó nada, que la victoria es un horizonte que nunca vamos a alcanzar pero que nuestra misión es seguir caminando. Me refiero al lugar que tiene que ocupar un escritor como ciudadano, pero también como responsable de la cultura de su pueblo. El discurso del fin de la historia, el egocentrismo y el nihilismo me tienen harto. Alguien tiene que levantar las banderas de una América Latina libre y soberana. Podemos ser nosotros. Como dijo el Che: «Hasta la victoria, siempre».

Así narra Enzo Maqueira, escritor argentino, su participación en aquel primer día de un encuentro que durará cinco y que tendrá, desde la mañana y hasta la noche, a unas tres decenas de argentinos, bolivianos, ecuatorianos, venezolanos, cubanos, mexicanos, estadounidenses, puertorriqueños, paraguayos, uruguayos, peruanos, chilenos, brasileños que dirigen y escriben piezas teatrales, componen, actúan, editan libros, narran y versan, hacen películas y videoarte, estudian la comunicación y los medios, pintan, tocan el *drum* y van a marchas estudiantiles... Es la primera actividad pública de Casa Tomada 2013, y junto a Enzo, Natalia y Arí Maniel, están Tamara, Ezio y Camila, comunicadora, narrador y teatrera, cubana, peruano y brasileña. Tienen menos de 35 años y sus puntos de vista componen este panel titulado *Sin mapa. La vuelta a la política y la recolocación del continente en el mundo*.

Ninguno de ellos es politólogo. De hecho, ninguno en *Casa Tomada* lo ha sido. En América Latina, hace mucho que esa condición no es requisito para pensar, y lo harán aquí, juntos, durante otros cinco días, hasta que no quepan más dentro de la Casa y la desborden para «tomar», también, las calles de su entorno.

¡Se viene el nuevo boom!, me grita al oído Carlos Aguasaco, poeta colombiano, 30 y pico de años. Tiene una botella de Havana Club en la mano y salta con la música de Daft Punk. Frente a él, los ojos cerrados, la cabeza a un lado y al otro, baila Ezio Neyra, escritor peruano, alto y con buena pinta. Del otro lado Juan Ramírez Biedermann, el paraguayo, el hombre que conforma una banda de heavy metal, es escritor, abogado y además hincha de Cerro Porteño. Por ahí anda Alejandro Carpio, de Puerto Rico, también escritor. Nos pasamos el Havana Club entre invitados de Argentina, México, Perú, Chile, Paraguay, Uruguay y Puerto Rico. Los cubanos marcan el ritmo.

Estamos en La Habana, en la fiesta de cierre del III Encuentro Casa Tomada. Estamos en la calle, es de noche y nos rodean quinientas personas que se acercaron para la fiesta. Atrás nuestro tenemos el mar; de fondo se levanta el imponente edificio de la institución que nos convocó: la mítica Casa de las Américas. Pasaron cuarenta años desde la última vez que en la Casa se habló de un boom de la literatura latinoamericana. Es cierto que todos estamos un poco borrachos, pero es la sensación que nos queda después de cuatro días de escucharnos, conocernos y, sobre todo, habernos leído. La conclusión es que hace tiempo que América latina volvió a despertar. Y que podría estar llegando el momento de que recupere, recuperemos, el lugar perdido.

Enzo Maqueira publicó esta crónica, un mes más tarde, en un diario de su país. La leímos todos en Casa Tomada III, nuestro grupo cerrado en *Facebook*.

II

Durante décadas, el compromiso intelectual ante la transformación social ha sido un tropo de profundas implicaciones en los campos político, cultural y social del continente. Escritores, investigadores de las ciencias sociales y las humanidades, artistas; sus obras y el pensamiento crítico que en ellas se acumula, han aportado a la construcción de representaciones sociales, imaginarios, estereotipos sobre el pasado, presente y futuro en América Latina. Y aquí, en este edificio del que habla Enzo y que esta noche se ilumina por primera vez con las luces de un *video mapping* al ritmo de Draft Punk, se ha construido una gran parte de esa biografía intelectual del continente; sobre estos mismos pisos, sentados en estas mismas sillas, subiendo y bajando las mismas escaleras, Mario Benedetti, Roque Dalton, Gabriel García Márquez, Rodolfo Walsh, Julio Cortázar, Eduardo Galeano, Mercedes Sosa, el Teatro la Candelaria y tantos otros que no alcanzo a contar, encontraron alguna vez un refugio, un sitio donde escribir o pintar o hacer teatro, un espacio de creación desde el que hicieron parir, también, el imaginario latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX.

Y a inicios del nuevo milenio, ¿qué representaciones sobre este rol instituyente de representaciones portan los jóvenes intelectuales y, a su vez, qué representaciones sobre sus alcances y roles portan los movimientos juveniles de transformación social a los que se vinculan?

Intentemos algunos apuntes desde el simbólico punto de confluencia que han sido las tres ediciones de *Casa Tomada*, en Cuba, en los años 1986, 2009 y 2013.

III

Cuando polemiza en torno al tema de «los intelectuales en América Latina», como tropo casi literario, el español Carlos Monsiváis recorre «historias, polémicas incontables, críticas despiadadas, autoelogios, sectarismos opuestos, a veces, complementarios» desde la década de los 60 hasta la actualidad, para concluir que, «desde luego, la conducta de los intelectuales [el gremio] y los intelectuales públicos

[los seres representativos] es inabarcable».² Sobre todo, en el nuevo milenio, cuando «el espacio público ha sido secuestrado por el mercado» y «el carácter social de la “autoridad” de los intelectuales deviene puro fetichismo»³.

En la biografía política continental desde la segunda mitad del siglo XX, el «papel de los intelectuales» como agentes críticos del cambio en la sociedad ha acompañado cada una de las tres llamadas «estrategias» de la izquierda latinoamericana: desde los tiempos de la lucha armada, en que hasta Julio Cortázar tuvo barba, hasta este, el tiempo de los «nuevos Estados», pasando por la «década perdida» y los sucesivos auge y declive del movimientismo social; los escritores, artistas e intelectuales de la región han intentado definir sus posiciones a partir de las dimensiones y posibilidades del espacio público en cada uno de sus territorios. En dependencia de ello, y de sí mismos, han sido «gremio» o han sido «intelectuales públicos».

La Casa de las Américas, en los 60 y 70, sobre todo, fue el espacio de los segundos— la alternativa al estrechamiento que el espacio público latinoamericano conoció en el Cono Sur—, y para nadie es un secreto que lo siguió siendo en las décadas siguientes, pero carente de la sangre nueva que los nuevos tiempos requerían para convertir las protestas —«la segunda vía»— en propuestas, en proyectos de nación. La experiencia de *Casa Tomada* en 1986 daría cuenta de ese carácter «gremial», antes que «público» e «instituyente», de la articulación intelectual que allí se estaba produciendo.

En la gala de clausura de aquel primer encuentro, el teatrista Juan Carlos Moyano leyó un «Saludo a la Casa de las Américas»; mientras el salvadoreño Juan José Dalton hizo lo mismo con la «Declaración urgente de los jóvenes artistas de Latinoamérica y el Caribe» —ambas publicadas en el número 142 de *Casa de las Américas* (enero-febrero de 1984). Esta última concluía:

²Monsivais

³Alba

Nuestra obra está en proceso de formación. Buscamos nuevas formas que expresen la realidad. Por ello asumimos una permanente y minuciosa labor crítica y autocrítica en nuestra práctica social y artística. Reconocemos en quienes nos preceden a los compañeros de construcción de otro destino para la humanidad que aún no termina de ser escrito pero que es previsible. [...] Anunciamos que no dejaremos de vernos, seguiremos trabajando unidos y romperemos el cerco del silencio. Volveremos a reunirnos, en algún lugar de Nuestra América, al igual que ahora en La Habana, Cuba, primer territorio libre en América, donde suscribimos esta declaración.

No obstante, acentuando la inercia, el segundo encuentro no se produciría hasta 2009, coincidiendo simbólicamente con la conmemoración de los 50 años de la Revolución cubana y de la propia institución.

Durante medio siglo, la legitimidad y la capacidad articuladora de pensamiento artístico y social crítico que había conseguido la Casa en sus primeras décadas, había sido de tal magnitud, que su influencia había garantizado el combustible para los próximos quince o veinte años; pero a la altura del nuevo milenio, y ante fecha tan parteaguas como un aniversario cincuenta, urgía saber: ¿cuál será el combustible de los próximos cincuenta? ¿De qué modo entroncaba aquí el imaginario político de la juventud latinoamericana, esa que hoy salva las fronteras del distanciamiento y la apatía política para activarse en las redes electrónicas al tiempo que apuesta, también, por recuperar la calle y la plaza pública? ¿Quiénes son los jóvenes que hoy dan cuenta de los procesos sociales y políticos de sus países en obras literarias o artísticas; cómo las hacen circular; en qué medida apuestan por conexiones con la praxis social y política, e incluso, por articular un campo intelectual que le sea orgánico? ¿Qué les preocupa hoy? ¿Les preocupa algo?

El Encuentro de 2009 identificaría algunas señales, pero ha sido el más reciente, el de 2013, el que ha venido a sellar la evidencia de una generación intelectual para la cual el «latinoamericanismo», como afinidad política e intelectual, es un *conceptovintage*;

pero que, sin embargo, se reconoce como portadora de imaginarios, estereotipos, actitudes, representaciones sobre sus posiciones, como intelectuales y artistas, en ese tejido geográfico, político y cultural que suman sus países.

La conformación de la agenda para el encuentro transcurrió a partir de los resultados de un levantamiento de temas, textos, procesos concernientes al campo político y cultural latinoamericano de la última década, y da cuenta de convergencias em torno a algunos tópicos:

1. Tendencias en la creación literaria y artística de los jóvenes en el continente.
2. Rutas del pensamiento crítico. Los jóvenes y el debate sobre «el papel de los intelectuales».
3. Espacios de legitimación y circulación de la creación y el pensamiento.
4. Las dinámicas de la autogestión y los circuitos de colaboración como alternativas ante los centros dominantes de producción cultural.
5. El tema de las generaciones en el campo intelectual de la América Latina contemporánea y la posición de las juventudes en esa cartografía.
6. ¿Qué es ser latinoamericanas/os hoy? Identidad y pertenencia en los albores del tercer milenio. Las metáforas del viaje: desplazamientos, migraciones y transculturación.
7. Conexiones con los procesos sociales y políticos del continente: reflejo de preocupaciones de ese carácter en la creación y el pensamiento. La geopolítica cultural o los «lugares» de Latinoamérica en el mundo.
8. La vuelta a la política y el debate sobre la «apatía» y la despolitización entre los jóvenes. Conexiones con el movimientismo social de base juvenil.
9. El «tema Cuba» y el liderazgo político continental.

El levantamiento de temas y preocupaciones fue un proceso conjunto entre un grupo de jóvenes intelectuales de más de una decena de países de la región, incluyendo al Caribe y los Estados Unidos. Su traducción en sesiones de trabajo dentro del evento tuvo como base la metodología de los cruces; resultado: el debate sobre los

movimientos sociales de base juvenil en el continente —por ejemplo— tendría como panelistas a un joven narrador puertorriqueño que habló del movimiento estudiantil en Río Piedras y de su experiencia como cronista de aquel proceso; a un joven profesor universitario que se refirió a su vínculo con el movimiento #YoSoy132 en México, como comunicador y periodista; y a un poeta y profesor estadounidense que dio cuenta de lo que ha sido, en su país, el movimiento Occupy Wall Street, y de su experiencia como editor del diario alternativo *The Occupied Wall Street Journal*...por solo citar una de las sesiones que más debate suscitó. Ese tipo de confluencias atípicas se repitió durante toda la semana y fue configurando un singular tejido de asociaciones entre informaciones, imaginarios, estereotipos, actitudes y posiciones en relación con la realidad actual de cada uno de sus países que dejó entrever, al final, un «nosotros»...

Creo que un par de generaciones recientes fuimos «casi» liquidadas por la historia convulsa de la política mundial del siglo XX. Los noventa fueron un remanso nihilista al que había que agarrarse para configurar algo de identidad. Crecimos en la infancia profunda, en hogares con o sin «biblioteca paterna» (Germán Carrasco dixit), nos desarrollamos en contextos de inoculación neoliberal y terrorismo de Estado, abrazamos melodías rabioso-depresivas nacidas en el norte, exitismo, impunidad, naturalizados en la preocupación económica y la deuda. Siendo menores de 40 años (o por ahí), compartimos toda una tierra abonada para el olvido y la neutralización. Nos salva la porfiada memoria. No sé si ella tiene en sí un contenido político, pero sus caminos hacia la emoción despiertan afectos cuyo significado podemos leer políticamente. En esta punta de nuestras vidas, la memoria comienza a ebullición a una distancia propicia para observar el pasado personal e histórico, provocando las obras que seremos, o no, capaces de realizar.⁴

⁴Rodrigo Landaeta, «Cuadras de un encuentro en La Habana», 2013, disponible en www.casatomada.cult.cu

Generación Casa Tomada, se hicieron llamar. Y cada una de las crónicas que escribieron e hicieron circular por las redes daría cuenta de esa marca de frescura y novedad, mientras todas, absolutamente todas, abrían o cerraban con una frase más o menos común: «Roberto Fernández Retamar nos escuchaba atento desde la primera fila».

IV

¿Qué dijeron? ¿Qué escucharía Retamar desde la primera fila? Vayamos desglosando los puntos de interés:

1. Durante las últimas dos décadas, la creación artística y literaria latinoamericana ha experimentado un desplazamiento de la colectividad a la privatización, de la unidad a la fragmentación, como consecuencia de una crisis que inevitablemente ha sobrepasado los límites de la economía.

El arte de la región hecho por jóvenes puede leerse ahora, por increíble que parezca, con mayor inevitabilidad como «latinoamericano». No solo porque el desenvolvimiento del sistema actual del arte así lo requiere, sino porque continúa aportando signos de una realidad cada vez más compleja, más dispersa que total, más móvil que firme y tan de afuera como de adentro.

Cuando se hurga en la más fresca cartografía artístico-literaria continental, se halla una colección de fragmentos territoriales. Los de la «generación Casa Tomada» emplean el término «colección» para referirse a la acumulación selectiva de hallazgos sensibles, fracciones de territorios y escenarios naturales que van desde piedras, guijarros o lascas encontradas hasta imágenes urbanas. A partir de esa construcción simbólica del espacio común se articula una conexión afectiva ya no con la abstracción del mapa continental, sino con un sitio o escena específicos dentro de él: una mezcla de experiencia sensible y memoria íntima.

Al mismo tiempo, un pastiche histórico, cultural, massmediático... se combina en la memoria con los residuos de una formación ideológica recibida desde la infancia a través de los productos culturales de la globalización. En el siglo de la fragmentación, el joven artista latinoamericano es, ante su obra, su propio testimoniante.

2. Dos ideas muy singulares oímos de Rosa Beltrán, maya quiché en Casa Tomada: La primera fue que cuando algunos insectos aparecen cerca de uno, aves, mariposas, por ejemplo, significa que nos visitan antepasados. La segunda fue que en la sociedad maya, el oficio de poeta tiene un alto grado de valoración, es un maestro iniciador y debe estar a la altura de ese trabajo. Ella se estaba preparando para recibir esa categoría, y la poesía, su poesía, era un intento por incorporar el cruce entre lo contemporáneo y las tradiciones de esa tierra histórica y espiritual del continente.

«Nuestro continente tiene tantas realidades, es tan rico y diverso, tan múltiple, tan inasible... Nuestros gobiernos son a veces tan frágiles, tan desentendidos, tan criticables... Nuestro arte es tan rebelde, tan irreverente...» La joven dramaturga cubana Lilianne Lugo mira a Fernández Retamar, un patriarca de la cultura y el pensamiento crítico latinoamericano (si cabría la palabra), mientras observa un video que muestra una Rusia que no es ya la que fue nuestra segunda madre patria, una Rusia donde un Lenin múltiple y falso se detiene delante de un cartel gigantesco de Rolex... Mira afuera de la Casa: «el mar, siempre el mar... y me siento feliz. Esto es ya, de seguro, un paso increíble en esta batalla no nombrada de la resistencia».

La solidez del periodista mexicano Darwin Franco les deja «casi tan pasmados como escuchar que desde 2006 a la fecha hubo 100.000 muertos en la guerra contra el narcotráfico, que a estas alturas es una guerra civil»; aplauden hasta las lágrimas el poema que lee Carlos Aguasaco en homenaje a las mujeres caídas

en esa guerra; y echan a reír cuando el uruguayo Jorge Alfonso lee sus textos sobre el tipo que persigue un culo por Montevideo, el culo que tiene una sonrisa en cada nalga. Pero se hace un silencio absoluto cuando el poeta cubano Yunier Riquenes, de un territorio perdido al Oriente de Cuba, lanza sus primeros versos:

*Si van a sostener los discursos
que no sea con palabras,
que sea con la boca cosida,
con las manos amarradas,
con las piernas lisiadas,
con los ojos cerrados.
Si van a sostener los discursos
que se saquen el corazón con la punta de una piedra,
que se abran el pecho.
Si van a sostener los discursos,
si acaso, los pueden sostener.*

3. Las representaciones compartidas por los jóvenes latinoamericanos en Casa Tomada vuelven sobre dos viejas «neurosis» artístico-literaria-intelectuales: la «ansiedad por la visibilidad» y «ansiedad por la autoría»; pero en tiempos en que el espacio público ha sido devuelto a la esfera pública en el continente y ante la convergencia digital de la que son nacidos, suman una obsesión de nuevo tipo: «la ansiedad por influir». En los espacios donde alcanzan alguna legitimidad y un espacio para sus obras, los jóvenes intelectuales latinoamericanos se erigen, o quieren erigirse, como líderes de opinión; solo que esos espacios no les son «naturales»: han de ser, por ellos, conquistados.

Experiencias como la editorial argentina Outsider —surgida para visibilizar autores inéditos y recuperar el espacio perdido del pensamiento crítico argentino en los 90—o la editorial Eloísa Cartonera, fueron referidos por los Casa Tomada como ejemplos de resistencia cultural: son «ensayos contra el cansancio», una apuesta por el auto-reconocimiento desde la crisis, la urgencia

de la alerta, la denuncia del facilismo literario y cognoscitivo, y la búsqueda de una nueva recolocación de América Latina desde América Latina. «O nos interesa la posibilidad de la palabra, o volvemos a escribir difícil, aburrido, barroco...», dijeron.

4. El joven artista y escritor latinoamericano es hoy su principal agente. A él quedan referidas, en la mayor parte de los casos, las funciones de gestor, productor y *dealer*. Es su propio intermediario con el *mainstream*. A esto se asocian ciertos privilegios como ciudadano, obtenidos gracias a los beneficios de esta diversificación de actividades como partes de su rol. Pero en la colaboración y la multifuncionalidad, los jóvenes hallan una afinidad como «campo», una posición articulada en la correlación de fuerzas... artística o política.
5. En América Latina, los jóvenes intelectuales y artistas reconocen que se han producido cambios no solo en la correlación social y política de las fuerzas de/al cambio; sino también, al interior de los distintos grupos, estratos sociales y fuerzas políticas. Tiene lugar, por consiguiente, un proceso de desestructuración social que implica ruptura con las viejas identidades y sus postulados, representantes —como mismo se posicionan ante las clásicas instituciones sociales, tales como la escuela, la familia y el trabajo, tradicionalmente entendidos; se colocan con sospecha ante las instituciones culturales que marcaron o definieron a generaciones anteriores. Fue el caso de la propia Casa de las Américas: una institución de la que nunca se habían sentido parte «efectiva» —como sí lo fue la generación de sus padres (reales o literarios)— y a la que, aun con la distancia salvada que estos encuentros significan, advierten como un espacio potencialmente transformador pero lejano aún de conseguirlo para esta generación, tal y como hoy existe y se estructura.

6. Los escritores latinoamericanos se ven forzados a utilizar un español «neutro» para de esta forma facilitar su inserción en un circuito más amplio que, al tiempo que garantiza su comprensión en un rango mayor de lectores, los aleja de la autenticidad del lenguaje y de sus identidades culturales. Este fenómeno produce, dice el joven Oliverio Cohelo, que los «escritores nacionales» se hayan convertido en *rara avis*. El argentino llamó la atención sobre la necesidad de crear una literatura latinoamericana «a orillas de la globalización, sin darle la espalda» y devolvió a la mesa de discusiones la preocupación, aparentemente perdida, por la «originalidad» en el pensamiento y el sistema de valores/categorías.

El lugar de los caribeños en esa construcción regional que les suele dejar fuera, no quedó al margen de los debates. En una mesa sobre circuitos alternativos de producción cultural, un poeta chileno presentó su libro *Relaciones, 9 poetas del Caribe y África*, una traducción del francés en que esos poetas escriben. Además de los frutos inesperados y radiantes de la *nemosine* personal (colectiva, chilena, mapuche-quechua), Claudio escogió traducir estas otras fuentes, que conservan el componente ancestral africano mezclado con las lenguas impuestas y las surgidas del choque, lenguas criollas y raras, asonantes y rebeldes al oído culturalmente adiestrado. Sin duda, un libro raro para el medio chileno o sudamericano, que presta poca atención al Caribe y África, pero justamente por ello publicación necesaria y útil al conocimiento de esas «criaturas» —cito— que son parte de la comprensión integral de la cultura americana.

También desde el Caribe, el director de cine y guionista Arí Maniel Cruz confiesa lo raro que se siente, para alguien que proviene de un estado yanqui como el suyo, entender de qué se trata la identidad latinoamericana. Há hecho una película que se llama *Under my nails* o *Piel*, donde su mujer, Kicha, encarna al personaje principal: ella misma, una memoria fracturada, boricua en Nueva York.

7. Convencidos de que no se dará un fenómeno similar al del Boom Latinoamericano, los Casa Tomada sorprenden al declarar que «sería lo peor que nos podría pasar. No necesitamos una o dos décadas en que el mundo nos observe bajo un spot o una lupa de asombro, para luego dejarnos de lado. Lo ideal sería ganarse un espacio permanente, sin necesidad de buscar indefectiblemente la aceptación o justificación o bendición de Europa y los EEUU. No sé si funcionará, pero creo que vale la pena el intento»....

No son politólogos. Ninguno em Casa Tomada lo ha sido...

«Latinoamérica desde hace unas décadas comenzó a definirse así misma, desde sí misma» dijo el narrador peruano Ezio Neyra. Habló del recorrido de las diferentes corrientes literarias, en estrecha relación con la construcción del concepto de literatura continental y al calor de los diferentes proyectos de nación. Para él, «el futuro de Latinoamérica [se concibe] no como una región que deba aislarse, sino que há de tomar las influencias, adaptarlas y no demonizar ninguna influencia extranjera, así como tampoco ninguna influencia originaria que de alguna manera está en los orígenes sincréticos de su existência; pero el gran problema de Latinoamérica en la literatura tiene que ver con que no nos conocemos, no nos leemos». Ezio es peruano, continental. Del Sur vinieron también cuatro de los jóvenes narradores mejor «posicionados» en los circuitos literários de su país: no se habían visto jamás, hasta ahora.

El aislamiento cognoscitivo parece no ser un fenómeno exclusivo de las islas.

8. Central para enfocar la literatura y el arte desde una posición política consciente, una noción con la que apenas se había contado emergió en los debates: la noción de territorio. Repensar desde esa dimensión las posibilidades de lo público y, por tanto, de la posición del intelectual como líder de opinión en esa esfera pública restituída, fue una reflexión que atravesó cada una de las

sesiones de trabajo y discusión. La relación jóvenes-cultura-política en América Latina sería uno de los ejes centrales (si no, el eje central) de Casa Tomada 2013.

La diversificación de las demandas que se producen en esse espacio público recuperado y los sueños que articulan el movimientismo social de base juvenil en el continente, tienen un correlato en el arte y la literatura que los jóvenes están produciendo: sus fronteras genéricas y abanicos conceptuales se amplían para contener inquietudes de tipo ecológico, sexuales, de derechos humanos, demográficos, las políticas de inclusión y las políticas públicas en materia de cultura, comunicación y educación (los tres campos que más les conciernen).

Dentro de estas vertientes, gustosamente periférica, aparece Rosa Chávez, poeta, actriz, gestora cultural entre otras muchas cosas, de origen maya que trajo a la Casa las problemáticas de una sociedad en situación de conflicto y resistencia cultural, y sus mecanismos para conquistar «espacios del mundo que le han sido vedados a los pueblos originarios». El llamado «purismo de la otredad» en la literatura latino-americana, es cuestionado por Rosa en tanto barrera creativa para los más jóvenes, quienes asumen estrategias más atractivas de actualización de sus orígenes y rescate de su memoria histórica: un cuestionamiento que articula con las críticas a las políticas de las cuotas o el clientelismo que dirigen a sus gobiernos nacionales o plurinacionales los movimientos sociales en tierras originarias.

A través de este panorama se hacen latentes las problemáticas del uso de la lengua, los géneros discursivos y la mixtura con otras manifestaciones artísticas, como problemáticas de representación ciudadana y, por tanto, política.

Lo tuvieron claro desde el primer panel, en el que debatieron y no se pusieron de acuerdo: «Esa primera charla no volverá a abandonarnos hasta el final del encuentro. Durante días seguiremos escuchando referencias a lo que dijimos,

aportes y otros puntos de vista. Como en el *Boom*, la política y el arte parecen ir de la mano. Igual que en los años sesenta y setenta, nos sentimos más cercanos que nunca».

9. Estar en Cuba, conocer de primera mano el territorio que, otrora, fuera símbolo de «faro continental» en materia de política y cultura, y hoy, uno de los sistemas más cuestionados en materia de políticas públicas, derechos humanos y gestión del espacio público, hicieron de la experiencia Casa Tomada 2013 una posibilidad dual para estos jóvenes intelectuales: por un lado, la experiencia de reconocer un espacio sintomático de la resistencia intelectual crítica no solo dentro del espacio latinoamericano, sino también, cubano; y por otro, la de vivir en carne propia lo que una vez definió como intelectuales a las generaciones que hicieron despertar la América Latina tras «cien años de soledad».

Pusieron en común sus informaciones en torno al «tema Cuba» —provenientes, sobre todo, del campo literario: la Cuba de Carpentier, Lezama, Arenas, Sarduy—, con una información vivencial o extraliteraria, que terminan siendo una misma cosa: «que el encuentro lleve el nombre del cuento, aparte el afecto recíproco Cuba-Cortázar y la intención “okupa” que el texto promueve, entraña, creo yo, una doble metáfora de la isla y el trabajo artístico, espacios ocupados por una voluntad utópica», observa un poeta chileno, casi el mismo día en que una dramaturga cubana de 26 años escribe en su blog:

«Hace apenas unas horas concluyó en la Casa de las Américas el III Encuentro Casa Tomada. (...) La palabra “resistencia” no se aparta de mi mente. Me vino, de súbito, en un [ómnibus] P5, atropellada por los Otros, camino a la presentación de *Larva*, de la argentina Verónica López, el último día del evento. Vi mi país, mi vida, el mundo, como un gran espacio de resistencia. Resistencia ante la vida, la enfermedad, los gobiernos, los amores... Vivimos y resistimos porque acabada la resistencia no queda sino la desesperación y la

locura; en el acto de resistir, en cambio, habita la esperanza, la necesidad del cambio. La palabra remite inevitablemente a actos heroicos, a batallas importantes, y me gusta eso, y me duele eso, porque de hecho es esa la realidad de nuestros jóvenes artistas.»

Para estos jóvenes no cubanos, estaban en territorio del otrora «faro del pensamiento de izquierda, y en la Casa de las Américas, su centro de operaciones». Estaban también, no obstante, en la Isla del ritmo y la música, y «a la noche, después de pensar nuestro continente y nuestras artes y de preguntar una y mil veces cómo es vivir en Cuba, elegimos bailar salsa en Bretch, tomar unos “cuba libre” en el Malecón o hacer ronda de mojitos en un bar *cool* del barrio del Vedado».

V

Bajo el Árbol de la Vida en la Casa de las Américas, entre el retrato pop de los héroes anónimos y el Matta del exilio, en el bar cool del Vedado y al ritmo de Draft Punk, los jóvenes intelectuales, escritores y artistas que hicieron Casa Tomada 2013 no apuntaron cosa alguna. A muy pocos le vimos escribir. Las fotografías les registran hablando, oyendo.

Escribieron después, en los aeropuertos y en sus ciudades de origen o vida.

Escribieron que aeste territorio físico y simbólico, vivido e imaginado que es América, empezarán a llamarle Las Américas. Porque hay gente allá arriba que es de aquí abajo, y con las que se entienden (o no) de maravillas. Escribieron que en Las Américas tenemos «gente que saca su dolor, lo exprime, lo tiende, lo seca al sol, y se limpia la cara con él para salir adelante, porque sabemos que nadie vendrá a servirnos la mesa, más que nosotros mismos, porque en todas partes hay gobiernos que todavía miden la cultura con conceptos de rentabilidad, porque todavía hay editoriales que miden las tiradas en conceptos de mercado, porque todavía hay censura, porque en todas partes hay gente yéndose de un lado para otro a inventarse una vida cuando la

realidad parece ser un espejo lleno de manchas, porque lo importante no es haber sido, no es el dolor pasado, no es la gloria que nos legaron, sino el inventarse cotidianamente, el estar, vivir, ser, en el día a día, reinventándonos el mapa, el arte y la vida como orfebres descabellados».

Escribieron que su trabajo, en este lugar recuperado, es, justamente, escribir este tipo de cosas.

A la Casa le agradecieron «el viaje», y eso, en literatura, es siempre —o casi siempre— lo mismo que el vía crucis hacia el «autodescubrimiento», el recorrido del héroe al objeto del deseo.